

NECROLOGIA

DEL EXCMO. SR. DON CARLOS DE MORENES Y DE TORD
CUARTO BARÓN DE LAS CUATRO TORRES
Y CONDE DEL ASALTO.

Sres. Socios:

I

Años atrás, al dedicar en el *Diario de Tarragona* una nota necrológica á la memoria del cariñoso y llorado amigo D. Francisco Morera, á raíz de su muerte, adapté mi pobre pensamiento á la sentida frase «Los Dioses se ván y no volverán», presintiendo que en lo que restaba de siglo, el décimo nono, desfilaría hácia la otra urbe tarraconense, silenciosa y fría, cimentada á pocos pasos de la monumental, la serie de beneméritos patricios que durante la última mitad de dicha centuria, prestó fervoroso culto á la más genuina de las patrias, la patria local.

En efecto: allí han ido á parar los Albiñana, Hernandez, Morera, Fernandez, Mir, marqués de Vallgornera, Torres, Yxart y otros, eruditos arqueólogos é ilustres literatos, que en aquel lapso de tiempo esparcieron por los centros docentes el nombre de la querida *Tárraco*, la ciudad de los recuerdos de todos los tiempos y de todas las edades, la morada saludable de Césares y Augustos, la de las heroicas empresas de los soberanos aragoneses, albergados en vida y en muerte en su incomparable Basílica, y la que, condecorada luego con los honores de «Fidelísima y Ejemplar», supo en 1811 enseñar al mundo como mueren los héroes, como sucumben los patriotas.

Allí también mora otra pléyade de excelentes ciudadanos, los conde de Rius, marqués de Montoliu, marqués de Tamarit, los Gasset, Satorras, Caste-

llarnau, Canals, Cuchí, Ferré y Durán, Batlle, Bofarull, Netto, Lopez, Rosell y cien más, que en medio de sus entusiasmos políticos, jamás olvidaron la *Tutela tarraconensis*, aquel genio popular, que al congregar á patricios y plebeyos, obligaba al esclavillo, nuncio menor, á repicar la campana del templo erigido en su obsequio, valioso resto de nuestro Museo, y á vocear la célebre salutación en él grabada: «*Felix Tarraco, seculum bonum, senatui populoque romano*», repitiendo luego, como eco lejano,..... «*et populo romano*».

Contadas escepciones de tal núcleo de patriotas salvaron los umbrales del año 1900. Uno ha caído, ha pocos días, de entre sus últimas migajas; uno, que descolló y descollará por muchos siglos, ha segado últimamente la fiera guadaña; uno, de difícil reemplazo, ha vuelto á las manos de su Criador, y éste es el que conocimos por el Excmo. Sr. Don Carlos de Morenes y de Tord, cuarto Barón de las Cuatro Torres y conde del Asalto, que bajó al sepulcro en 22 del pasado febrero, con duelo profundo de la ciudad de Tarragona, en donde había visto la luz primera, y en donde ha exhalado el último suspiro.

II

Tipo perfecto de caballero, culto, cristiano hasta la médula de los huesos, noble de linaje y de sentimientos, á la divisa de su raza «honrar á Dios y servir á la patria» sujetó todos sus actos y aquilató los hechos de su vida pública y privada, sin olvidar la leyenda de sus antepasados, desde que, procedentes de Vendrell, instaláronse en Tarragona, en las primicias del siglo XVIII, y supieron mantener inhiesta la bandera de Felipe V, durante la guerra de Sucesión y la subsiguiente lucha que los catalanes provocaron en favor del archiduque Don Carlos de Austria.

Aquella fidelidad de la familia en aras de la causa de los Borbones, valió á un ascendiente del difunto Barón, llamado también D. Carlos Morenes, el nombramiento real, en 15 de octubre de 1715, de cónsul segundo de Tarragona; más tarde, en 1770, el de mayordomo de propios á su bisabuelo, D. Carlos Morenes y Cazador; luego, el de regidor perpetuo de su ayuntamiento en 1.º de junio de 1778, y últimamente, en 1789, el de diputado por Tarragona, junto con el regidor decano D. Alejandro de Cadenas y de Carlier, con el objeto de concurrir á las cortes convocadas en 31 de mayo por Carlos IV, para la jura del príncipe de Asturias, D. Fernando, después Fernando VII, y abolición de la ley sálica.

Recompensó el monarca el servicio prestado por nuestros regidores, concediendo un grado en la milicia al señor de Cadenas, y á D. Carlos Morenes el título nobiliario de Barón de las Cuatro Torres, en Real Decreto de 12 de noviembre del propio año; y en adelante, nuestro primer prócer de la familia indicada continuó desempeñando el cargo concejil con la pulcritud y celo de que generalmente dió tantos ejemplos el plantel de ciudadanos del indicado siglo, en defensa de los intereses morales y materiales de los pueblos respectivos.

El nuevo dignatario alcanzó los albores de la guerra de la Independencia, falleciendo en Tarragona víctima de la peste desarrollada en la primavera y verano de 1809, cuando los ejércitos del Capitán francés comenzaban á intentar el bloqueo de la plaza, y llenadas las concejalías vacantes por D. Tomás Verí, representante de la Junta suprema Central, á la sazón en Tarragona, una no pudo menos de corresponder al hijo del difunto, llamado asimismo D. Carlos Morenes y Bertrán, segundo Barón de las Cuatro Torres, y por tanto abuelo de nuestro biografiado.

Dos años después, aquel ayuntamiento memorable, compuesto en su parte permanente de D. Plácido de Montoliu, regidor decano, D. José Antonio de

Vidal, D. José Antonio de Castellarnau, D. Carlos de Morenes, D. Manuel de Feliu, D. José Monravá, D. Francisco Güell, D. Ignacio Pallejá y D. Rafael Gallí, vió como caía la ciudad en manos de los enemigos, con los horrores del degüello de sus habitantes y saqueo é incendio de sus hogares, triste y espantoso fin alcanzado por el último baluarte de Cataluña, en cuyos muros flotó por más tiempo la veneranda insignia de la patria.

Al evacuar la ciudad las armas francesas, volando edificios y fortalezas, la noche del 18 al 19 de agosto de 1813, los atribulados tarraconenses, que como los hebreos después del cautiverio, regresaron á su estimada Jerusalén para llorar su desventura y reintegrar al amoroso regazo de España aquel montón informe de ruinas, procedieron inmediatamente á organizarse en cuerpo municipal y eligieron alcalde al segundo Barón de las Cuatro Torres, que por haberse publicado el año anterior el Código que redactaron los legisladores de Cádiz, resulta el primer magistrado constitucional de Tarragona; figurando luego como vocal de la junta gubernativa, á raíz de los sucesos desarrollados en 1820, y alcalde en dicho período á los pocos meses, aún cuando en diciembre del mismo año se retiraba de la vida pública, dado el giro que tomaron los acontecimientos de la referida etapa revolucionaria.

También aparece nombrado regidor perpetuo en 1833, el tercer Barón de las Cuatro Torres, D. Antonio de Morenes y de Pastor, padre de nuestro biografiado, á virtud de un decreto de Fernando VII, de 2 de febrero del propio año, desempeñando más tarde la alcaldía de la ciudad, en uno de los vaivenes del reinado de D.^a Isabel II.

III

Había nacido en la casa solariega de Tarragona, en 19 de Septiembre de 1831, recibiendo al siguiente

día el agua bautismal en la hermosa pila de nuestro templo metropolitano, el que luego, por muerte prematura de su padre, fué cuarto Barón de las Cuatro Torres, Don Carlos de Morenes y de Tord. Educado en el colegio de los P. P. de la Compañía, en Niza, bien se echa de ver que á la esmerada cultura que allí recibiera, debió unir la pulcritud y cortesía, cualidades que tanto distinguieron á su señora madre, D.^a Antonia de Tord y de Crell, proverbiales aún entre las clases de toda la sociedad tarraconense.

Apenas alcanzara la mayoría de edad, invistiéronle nuestros padres con la gramalla concejil y la tenencia de alcalde del Ayuntamiento para el bienio de 1857 á 1859; luego los pueblos del distrito de Vendrell, donde radica buena parte del patrimonio de familia, le elegían su representante en el Congreso, y á los pocos años, en 1876, después de la restauración, pasaba á tomar asiento en el Senado, por el voto repetido del cuerpo de compromisarios de la provincia.

Desempeñó el agraciado la investidura popular en una y otra Cámara, con el afán de servir al país y favorecer á su ciudad querida, demostrando sus propósitos en la enmienda presentada al proyecto de la ley de ensanche, para hacer extensivos á Tarragona los beneficios que iban á concederse á Madrid y Barcelona. Tan agradecida quedó nuestra corporación municipal á los desvelos del Sr. Morenes, que una vez aprobada la citada enmienda, honró á dicho señor, en 26 de agosto de 1884, con el título de hijo predilecto de Tarragona.

La labor más importante de nuestro prócer, en concepto de hombre público, hay que buscarla, sin embargo, en la discusión, en el Senado, como católico convencido y paladín de la Iglesia, del artículo once de la reforma constitucional del año 1876. Entonces, dejó oír su voz con entusiasta acento y voluntad firme, en favor de la unidad religiosa, principio consignado en todos los Códigos políticos pro-

mulgados en España, desde el de 1812 hasta el derogado por los partidos avanzados en septiembre de 1868; entonces, apareció como uno de los pocos seglares, que aceptando el sistema constitucional, no abdicó de la doctrina católica ni de los mandatos de la Iglesia, inculcados en lo más íntimo del corazón, tanto por la piedad de sus padres y tradición de la familia, como por el convencimiento decidido de que en la posesión de aquella unidad estribaba el remedio de los males engendrados en la patria, durante el lastimoso período que acababa de atravesarse.

Tan poseído estaba de sus sacrosantos ideales nuestro egregio paisano, que comenzó el año anterior por publicar un sensacional folleto, con el título de «La Guerra esplicada con arreglo á la moral cristiana», tratando de justificar que el camino de la violencia emprendido por la grey tradicionalista, no se hallaba conforme con las instrucciones de Su Santidad, el inmortal pontífice Pío IX, que en carta de 13 de abril de 1872, decía: «Pónganse todos los pueblos de acuerdo; únanse todos los círculos de la caridad; los que se ocupan de la instrucción católica; los que se contraen á la santificación de las fiestas; los que cuidan de desterrar los malos libros; procedan todos estrechamente unidos y combatan los combates del Señor, *no con la espada, con el cañón ó con el fusil*, sino con la fe, con el brazo de la justicia y con la palabra de la verdad». En demostración de su tesis, parangoneaba nuestro publicista las autorizadas palabras del Vicario de Jesucristo, con otras del duque de Madrid, de 15 del mismo mes y año, protestando de los desmanes cometidos en el país y retirando á sus representantes, y de ello deducía que, bajo el ambiente de la patria oprimida, se había acudido al terreno de la lucha armada, enteramente vedado por la moral cristiana, y que el partido que pretendió sentar en el trono á D. Carlos, disuelto desde principios de 1868, las ideas de gobierno que

lo cohonestaban, habían influido en los destinos de España en proporción de la parte que sus antiguos hombres tomaron en la vida pública, en unión de los dinásticos de D.^a Isabel con quienes se habían agrupado.

Tal fué la síntesis del pensamiento desarrollado en aquel folleto, que en principio aceptaron varios conservadores, al constituirse la extrema derecha del partido, durante el reinado de D. Alfonso XII y durante la larga regencia de su viuda, la actual soberana D.^a María Cristina.

No satisfecho el Barón de las Cuatro Torres con aquella labor política, publicaba en el mismo año 1875 otro folleto encaminado á combatir la libertad religiosa y la tolerancia de cultos. Con el epígrafe de «Breves apuntes doctrinales sobre la libertad de cultos en España», combatió una y otra teoría, como contrarias á los fines morales, sociales y políticos, inherentes al gobierno del Estado y al fomento de sus intereses generales. Acentuó el conde del Asalto, en su escrito, los sentimientos de patriota y católico, y demostró los vuelos de su erudición, tomando datos, en favor de su tema, de la teología, la disciplina eclesiástica, el derecho canónico y demás ramos del saber relacionados con el asunto.

Indicaba en uno de los párrafos más interesantes, que no borroneó aquellas cuartillas para los que no tenían más Dios que el dinero, para los que no cifraban su felicidad sino en la ciencia de los números, para los que no acertaban á comprender que la multiplicidad de creencias era el mejor disolvente de toda religión, y para los que no distinguían que un pueblo religioso era morigerado, dócil, trabajador, que no atentaba á los bienes ajenos; y acababa por desear que tremolara el estandarte del catolicismo desde uno á otro de los confines españoles, á fin de conseguir la paz en los espíritus y la tranquilidad y prosperidad en los pueblos que venía á regir el representante de la monarquía restaurada.

El convencimiento que abrigara nuestro compatriota sobre la necesidad de acumular las fuerzas católicas en favor del Pontificado, le obligó á tomar parte activa en el cuarto Congreso católico nacional, celebrado en Tarragona en octubre de 1894. Todos sabéis como defendió entonces, desde el púlpito del Evangelio de nuestra Basílica, la soberanía temporal de los Papas; todos habéis leído aquella hermosa peroración encaminada á demostrar que el poder civil de los sucesores de San Pedro es indispensable para el desenvolvimiento de los altos fines de la Iglesia; todos pudisteis convenceros de la valentía con que vino á probar que la obra de Carlomagno no debió ser destruída por las bayonetas del rey del Piemonte, bajo el pretexto de fundar la unidad italiana, en mengua de los deberes del apostolado y en detrimento de los derechos de la cristiandad, que considera á Roma como metrópoli de todas las naciones y de todos los pueblos que profesan la religión del Crucificado.

Aquel enérgico discurso, aplaudido con entusiasmo por las altas jerarquías eclesiásticas, ilustraciones científicas y literarias, y cultivadores de la viña del Señor, congregados y cobijados en las esbeltas y anchurosas naves de nuestro templo metropolitano. contribuyó á cimentar la reputación de sabio y la aureola de profundo pensador que ceñía las sienes del Barón de las Cuatro Torres, y logró aumentar los quilates de su amor hacia la patria local, como que quiso actuar en un acontecimiento memorable para la historia, la cultura y la religiosidad del pueblo de Tarragona, de aquel pueblo redimido de la esclavitud pagana y arriana con la sangre de San Fructuoso y San Hermenegildo, y libertado del vasallaje mahometano por la mano piadosa de otro bienaventurado, el insigne arzobispo tarraconense y obispo de Barcelona, Olegario de Bonestruga, conocido por San Olaguer.

Pudiera aún consignar nuevos justificantes de la

delicadeza de sentimientos cristianos que se albergaban en el pecho de nuestro compatriota, sino temiera molestar vuestra atención benévola. En gracia á la brevedad, indicaré tan sólo que la bondad de su alma y su piedad acrisolada le inclinaron á emplear las horas de solaz y esparcimiento, en la traducción al romance castellano de poesías francesas, dedicadas á la más dulce de las madres, la Santísima Virgen María, conforme logré averiguar en alguna composición inédita, plegaria á la Reina de los cielos, en el estribillo ó estrofa de la que aparece el siguiente sentidísimo pareado: ¿«Cómo olvidarte María?—Jamás, María, jamás.»

Con lo que se deja expuesto, bastará, sin duda, señores socios, á dibujaros en reducido croquis la relevante figura del Barón de las Cuatro Torres, como católico y como hombre público, cualidades que supo amalgamar en su carrera política, fruto de sus arraigadas convicciones, encarnadas en aquella divisa de familia de que os he hablado al comienzo de esta Necrología, y patrimonio de las generaciones que desgraciadamente han desaparecido, las cuales cimentaron su bienestar y felicidad en el cumplimiento de los preceptos del decálogo y en el culto de los deberes para con la madre patria.

IV

Queda por describir, todavía, otro aspecto del insigne patricio, el que le señala un puesto en el cielo de las artes y el que le abrillanta en el mundo de la arqueología; y aquí he de deciros, señores socios, que como hijo de Tarragona el Barón de las Cuatro Torres, ha seguido la tradición general de su pueblo, pues no sé que exista vecino de Tarragona, poseedor de alguna ilustración, que llegue á sustraerse á la contemplación y estudio de sus numerosos monumentos.

Desde luego, cúpleme consignar que en nuestro

egregio paisano, más que las de arqueólogo, más que las de historiador, resultan dibujadas las cualidades de un verdadero artista, de un crítico inteligente de las obras de arte y de un admirador de la belleza en todas sus manifestaciones y en todos sus detalles.

Poeta, músico, pintor, escultor y arquitecto, de todo tenía un algo compenetrado en su naturaleza, de todo conocía los más íntimos y delicados resortes, y de todo sabía lo necesario para apreciar los elementos que intervenían en la pureza de cada concepción artística.

Hasta su figura, esbelta, simpática y elegante, su mirada tranquila, sus corteses modales, la blancura de su largo bigote y perilla, y su pulcritud y hombría de bién, contribuían á imprimir en su conjunto el sello característico de los entusiastas para lo verdadero, lo bello y lo bueno. Por esto, sin duda, el periódico *La Epoca*, al dar cuenta de su fallecimiento, comparó la gentileza de nuestro compatriota con la del insigne Velazquez, y nosotros, tal vez con mayor semejanza, admiramos en su figura el tipo de uno de esos patricios romanos, que la antigüedad nos ha legado en las estatuas de blanco mármol, expuestas en nuestro Museo.

Para llegar á la crítica del arte es indispensable conocer su historia, el estilo y sus componentes, el detalle que caracteriza la obra, etc. etc., y de todo hay que convenir que sabía lo bastante el cuarto Barón de las Cuatro Torres para no errar ni equivocarse lastimosamente. De ahí su precisión en el juicio que le mereciera determinado objeto artístico, que tratara de restaurar ó simplemente examinar; y de ahí que no sólo le fuesen comunes los conocimientos históricos de todos los tiempos y de todas las edades, sino que las ciencias con ellos relacionadas, como la cronología, heráldica, arqueología, geografía, sigiliografía y otras, las poseyera con perfección notoria y las aplicara con tino y seguridad exactísima.

Deleitábase, pues, nuestro querido paisano en escuchar un trozo de música clásica ó una excelente poesía, adivinando los resortes que engendraban su belleza; preocupábase por la restauración de un cuadro ó de un mueble antiguo, sin abandonar el detalle más insignificante, para que el trabajo resultara con exactitud matemática, y estudiaba con la paciencia de un benedicto cualquier elemento que pudiera reintegrar el sello impreso en un monumento, á fin de volverlo á la vida estética, característica del período de su construcción. Prueba evidente de cualidades tan singulares, es la restauración del castillo de Guadamur, residencia señorial de la provincia de Toledo, que en su exterior, como también en el interior de la misma, revela la mano cultísima del conde del Asalto, al reintegrarla al ser y estado que pudo alcanzar durante su período normal, y al proceder á la remonta de su fachada, dependencias, habitaciones, muebles, decorado y demás anejo á tan peculiar edificio.

Con tales elementos, aparece familiar en el ilustrado paisano la crítica de las obras de arte, y así pudo exponer su competencia en tales materias, dando á la imprenta varios escritos, en los cuales resalta la erudición de su autor y revelan los conocimientos especiales que poseía, al punto de granjearle un lugar distinguido entre los arqueólogos, los filósofos y los hombres verdaderamente notables.

Entre sus obras, merecen citarse la monografía en que demostró que la llamada «espada de San Fernando», guardada en la Real Armería, no pudo pertenecer al soberano de Castilla Fernando III, sino al de Aragón, Fernando II el Católico, con la diferencia de algunas centurias entre uno y otro reinado; la publicada en el *Boletín de la Sociedad española de Escursiones*, dirigido por su yerno, el señor Conde de Cedillo, en que describe los frontales de nuestra Catedral, descifrando el famoso dedicado á San Luís, obispo de Tolosa, hijo de Roberto de Ná-

poles, que vistió el hábito de la religión del Serafín de Asís después de la enfermedad sufrida durante su cautiverio en el castillo de Ciurana; otra titulada «La espada de Alfonso VI de Castilla» que aparece en el tesoro de la catedral de Toledo, atribuida erróneamente al citado monarca; la que se denomina «La estatua de San Carlomagno,» conservada en la catedral de Gerona, y la conocida en el epígrafe de «El casco de D. Jaime el Conquistador», en que el autor rectifica asimismo la atribución de referencia.

Para la buena memoria del escelente crítico, conviene que conste que sobre la primera monografía ó sea la de la espada de San Fernando, las conclusiones en el escrito estampadas merecieron la aceptación del distinguido académico, el conde viudo de Valencia de D. Juan, en su Catálogo de la Real Armería, en donde resume la labor del Barón de las Cuatro Torres y elogia el juicio emitido en aquel trabajo; y en cuanto á la última, relativa al casco de D. Jaime de Aragón, reproducida la obra en folleto especial, editada en 1894 con varias ilustraciones y grabados de la famosa cimera representada por un dragón alado, varios literatos han conceptuado aquel estudio, como uno de los más importantes en costumbres, tradiciones, heráldica y otras ciencias auxiliares de la arqueología é historia, que corresponden al último tercio de la edad Media y á los siglos del doce al quince de nuestra Era. Según la opinión del Sr. Morenes, el respetable trofeo, depositado asimismo en la Armería Real, debió pertenecer á Don Pedro IV de Aragón, ó á alguno de sus hijos, D. Juan I ó D. Martín el Humano, pues antes del siglo XIV no se usó ni se conoció semejante prenda.

También conserva la patria local un obsequio relevante del Sr. Barón de las Cuatro Torres, obsequio que le conquistó el mayor aprecio y elevó su reputación de muy entendido en los asuntos de heráldica. Me refiero, señores Socios, al conocido folleto «El Blasón de Tarragona», escrito por nuestro pai-

sano con el mayor cariño, publicado con esmero en 1891 y destinado á restaurar las piezas y colores que integran aquel signo representativo de la antigua y veneranda ciudad, con el deseo de prestar un servicio á su patria, dada la significación que al emblema se le atribuye en la genealogía y alcurnia de los pueblos.

Veleidades del capricho motivaron que por casi cerca de un siglo quedaran trocados los colores del escudo tarraconense, amarillo y rojo, ú oro y gules, por plata y azul, como asimismo aparecieran transformados los signos «Veros en ondas», que constituyen dicho blasón, por las sinuosidades de las olas del mar. En su erudísima monografía justificó el autor que los colores no podían ser otros que los primitivos, comprobando el tiempo y los descubrimientos la exactitud de su tesis, como que en la actualidad se han publicado ya multitud de datos, extractados de los libros de actas municipales, desde mediados del siglo XIV, en que se determina de un modo evidente que jamás nuestros predecesores utilizaron otro color para restaurar el escudo que el rojo y el amarillo, ó gules y oro; y en cuanto á sus piezas, se prueba en dicho escrito la nobleza que las avalora, imitación de la piel de armiño, símbolo de la mayor dignidad entre los usos de esta índole, y atributo de superior preeminencia sobre las demás figuras heráldicas.

Dedicó el Sr. Barón de Cuatro Torres su mentada monografía á esta «Sociedad Arqueológica Tarraconense», tan benemérita por su patriotismo, como quizás no bastante estimada por los hijos de Tarragona, é hizo la dedicatoria á excitación del que entonces era digno presidente de la corporación, y ahora socio honorario de la misma, D. Antonio de Magriñá, quien en sus desvelos para el fomento de la entidad, invitó en 1887 á nuestro compatriota, á que se dignara leer en el seno de la misma, uno de sus interesantes trabajos. El concepto laudatorio que

mereció la referida monografía, queda perfectamente evidenciado, con sólo indicar que la «Arqueológica Tarraconense» acordó, en 24 de agosto de 1891, señalar un puesto, entre sus socios de mérito, al notable escritor y distinguido paisano. Bien podía adjudicársele aquel honor, si se tiene en cuenta que uno de sus goces más legítimos circunscribióse durante su vida á reintegrar el valor artístico de nuestros monumentos, sorprendiéndole la muerte cuando preparaba otras manifestaciones de su erudición, entre ellas, la relativa al retablo de esmalte de San Miguel *in Excelsis* (Navarra), y otras sobre varias armas, contándose en este número la expuesta en el Museo, atribuída á Jaime el Conquistador, que, á su juicio, la labra de la misma correspondía al reinado de Pedro IV el Ceremonioso.

Al desarrollarse la última enfermedad que en pocos días condujo al sepulcro al Barón de las Cuatro Torres, ocupábase dicho señor en el estudio del notabilísimo monumento y mosaico de Centcellas, objeto de encontradas opiniones y relativa controversia entre los arqueólogos. Aquel famoso resto, según su parecer, debía estimarse puramente romano, como termas ó baño de algún patricio del imperio, conforme, en nota íntima y sentida, revelando sus impresiones, ha hecho conocer el laborioso secretario de la «Arqueológica» D. Juan Ruíz y Porta, que acompañó á nuestro benemérito patricio á la visita de Centcellas, coincidiendo en este punto con la emitida por D. Luís Sentenach, inteligente individuo del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, y con el que tiene la honra de hablaros, á consecuencia de antiguas excursiones practicadas, en tiempo en que el edificio conservaba el sello antiguo, sin reforma alguna.

Y al llegar á este punto, permitidme, señores Socios, que haga mérito de una rara coincidencia que salta á mi mente, al recordaros la última labor del Barón de las Cuatro Torres. Cuando en 9 de noviem-

bre de 1891, el patriarca de la arqueología tarraconesa, Buenaventura Hernandez Sanahuja, exhalaba el postrer suspiro en su modesta casa de la calle de la Mercería, entre las cuartillas borroneadas en lápiz y recogidas de su gabinete de estudio, aparecieron las en que trataba de rectificar, principalmente en su parte histórica, la monografía «El Blasón de Tarragona» recién publicada por su amigo el indicado Sr. Barón, sorprendiéndole en aquella labor la agudísima dolencia que en pocas horas acabó con la vida del primer director de nuestro Museo, de modo que la última palabra escrita, no pudo concluir, dejándola cortada. Cuando en el pasado mes de febrero también otra enfermedad grave llevó al sepulcro á nuestro compatriota, amontonaba á la vez materiales, destinados á ampliar el estudio de Hernandez sobre el monumento de Centcellas y rectificar su opinión, que juzgó el resto arqueológico como de labra bizantina, correspondiente al siglo VI ó VII de nuestra Era.

Dios no quiso entonces, ni ha querido ahora, que salgan á la superficie las disquisiciones más ó menos discordantes de dos antiguos amigos, ambos competentes en asuntos de tal índole, á fin de que, en vida y en muerte, subsista el leal y sincero respeto que mutuamente se profesaron.

Por lo demás, hay que lamentar la desaparición del seno de los vivos, en los actuales momentos, del laureado crítico y arqueólogo, Sr. Barón de las Cuatro Torres, pues era esperada con interés la solución que diera al monumento, á fin de aprender en el caudal de sus conocimientos los que había de emitir en el decurso del escrito, con lo cual se hubiera fortalecido su concepto definitivo y se habrían conquistado por su autor nuevos y merecidos lauros, lauros adquiridos en otras lides que le elevaron hasta la más alta corporación histórica de España, la Real Academia, que le nombró su Correspondiente y asignó su representación á la Comisión provincial de Monumentos de Tarragona, en 1901.

Aquí podría dar por terminada la misión que me han impuesto mis compañeros, si no me doliera dejar olvidadas algunas notas íntimas del caballero ejemplar en el seno de la familia, como cariñoso esposo, padre excelente y verdadero Jacob del hogar doméstico.

Casado en 30 de mayo de 1858 con la Excm^a. Señora D.^a Fernanda García de Alesón, condesa del Asalto, dama de la más alta alcurnia, ahijada de Fernando VII, la saliente personalidad del consorte contribuyó á que se le colmara de honores, como el de Gentil Hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, caballero de la ínclita Orden de San Juan de Jerusalén, caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica y otra notoria profusión de títulos nobiliarios de que gozaba su esposa.

A pesar de tanta grandeza, brillaron más, en las relaciones sociales del conde del Asalto, las virtudes cristianas y cívicas de que se hallaba dotado, que no el oropel de su alcurnia, sujeto al crisol de los sentimientos de respeto y consideración que abrigaba para con sus semejantes, cualquiera que fuese su condición, y dominado por la hombría de bien que le distinguía, su caridad sin el menor alarde y su jovialidad y cortesía para el que se acercaba á tratarle.

Los favores de la fortuna tampoco le inclinaron á abandonar los hábitos de trabajo, ni á dejar la dirección inmediata de los importantes intereses que en sus manos había puesto el enlace con la ilustre señora que con él compartió los azares de la vida. Al cuidado de los mismos dedicó con afán todas sus fuerzas, sin desmentir el carácter catalán, de suyo laborioso, activo y vigilante de sus rentas, á cual fin estudió los medios de aumentarlas y atender al desarrollo que podían adquirir, si alcanzaban en los diversos ramos de riqueza nacional la debida pro-

tección del Estado, que deseaba para todos los españoles. De ahí la publicación, en abril de 1868, de su interesantísimo folleto «Origen de nuestro malestar económico y medios que para combatirle se proponen,» encaminado á comentar una proposición de ley, presentada en el Congreso, con el fin de favorecer el establecimiento de colonias agrícolas en España. El Barón de las Cuatro Torres abogó en aquel escrito para el fomento de la vinicultura, riqueza que en su concepto debía ser notoriamente favorecida, para lo que expuso numerosos é importantes datos demostrativos de su producción, de la estima con que era mirada en los mercados extranjeros, y de la necesidad de aumentar los tratados de Comercio hasta celebrarlos con Rusia y demás naciones del Norte.

Las ideas vertidas por nuestro compatriota en el escrito de referencia, celebráronse por su valía en el Instituto agrícola Catalán de San Isidro, según carta de uno de sus miembros más caracterizados en aquellos días y renombrado agricultor catalán, D. Antonio Castell de Pons, convocando al Barón de las Cuatro Torres á una reunión en aquel Instituto, celebrada en 15 de febrero de 1869, en la que se determinaron de un modo definitivo las aspiraciones de nuestros propietarios, con el objeto de acudir al Gobierno central, á fin de que pudiera darse franca salida á los numerosos caldos de Cataluña y demás regiones españolas.

Aquella labor material, en defensa de su patrimonio y en el cuidado de la hacienda, constituyó un vivo ejemplo para su familia, que aprendió del jefe la virtud del trabajo y el hábito de la administración de lo propio, y así como el fervoroso Barón había amasado la levadura de la fe cristiana y de las virtudes cívicas en las fibras de la numerosa prole que Dios le había concedido, así inculcó también en todos y cada uno de sus hijos los deberes domésticos y la cariñosa fraternidad que en vida del

padre les apretó alrededor de su figura venerable, y les estrecha ahora al lado de aquella santa é infortunada viuda, ejemplar esposa, modelo de madres y lustre y prez de su noble raza. Sin duda, la desgracia que apena á dicha señora, contribuyó á acelerar la vejez de nuestro compatriota, y á precipitar su muerte.

Como sucumbió el Barón de las Cuatro Torres, en la paz del Señor, bañado en las lágrimas de su virtuosa esposa y rodeado de todos sus hijos, os lo ha dicho en sentidísimas frases nuestro querido presidente. Como acabó sus días en su casa solariega, recogidos los últimos suspiros entre las mallas cariñosas de toda la familia, os lo ha contado con dolorido acento el propio presidente.

Por mi parte, descubierto ante la tumba del paisano y respetable amigo, permitidme que como tributo á su buena memoria y á guisa de oración fúnebre, acabe mi tarea, consignando en su honor las siguientes manifestaciones:

¡Dichosos los hijos que han tenido tan buen padre!

¡Dichosos los pueblos que albergan á ciudadanos tan honrados!

¡Dichosas las naciones que pueden contar con patriotas tan beneméritos, como lo fué en vida el cuarto Barón de las Cuatro Torres y conde del Asalto!

HE DICHO.

Emilio Moreta.